

Daniel Brauer
(editor)

La historia en tiempos de globalización



prometeo
libros

La historia en tiempos de globalización / Daniel Brauer... [et al.].- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-816-070-2

1. Filosofía de la Historia. I. Brauer, Daniel.
CDD 901

Cuidado editorial: Micaela Magni

Armado: Mabi Fraga.

Corrección: Marina Rapetti

Esta publicación ha sido financiada por el Proyecto de Investigación UBACyT F048, “Los sentidos de la historia. Identidad, globalización y multiculturalismo”.

© De esta edición, Prometeo Libros, 2016
Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297
distribuidora@prometeoeditorial.com
www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Prólogo, por Daniel Brauer.....	9
Dialéctica de la globalización: de la teoría a la práctica, por Douglas Kellner	21
La historia globalizada. ¿El retorno del <i>Weltgeist</i> ? por Daniel Brauer.....	51
Globalización y diversidad cultural. Acerca de la necesidad de una racionalidad transcultural, por Astrid Wagner.....	67
Desafíos para el arte en el actual escenario global, por María José Melendo	85
La noción de “progreso” en el marco de la globalización, por Adrián Ratto	113
La globalización económica y su crítica, por Rolando Astarita	131
Memoria y globalización, por Esteban Lythgoe.....	151
Travesías de la “historia mundial” a la “historia global” en perspectiva latinoamericana: apuntes de investigación, por Omar Acha	167

Prólogo

Daniel Brauer¹

Se ha intentado caracterizar la situación histórica del hombre contemporáneo, tanto en lo que se refiere a los cambios más significativos en la sociedad como a las ideas dominantes con diferentes términos tales como Posmodernismo, Posmetafísica, “constelación posnacional”, “sociedad postradicional” o Poshistoria. En todos estos casos se trata de dar cuenta del sentido de acontecimientos y modos de pensamiento que implican una ruptura epocal con un pasado relativamente reciente, si bien resultan difíciles de datar y sus límites se presentan como imprecisos. Todos ellos pretenden mostrar los nuevos contornos del mundo presente en vista a examinar sus causas y consecuencias. El concepto “globalización” —que ha ido dejando muy atrás a su equivalente francófono “mundialización”— en cambio, se ha impuesto a partir de los años ‘80 de algún modo por sí mismo y en forma exponencial a partir de los ‘90². Si bien es posible rastrear su uso aún disperso e incipiente en los ‘60, el término se ha independizado de sus padres intelectuales³ y la bibliografía sobre el tema se ha vuelto cada vez más inabarcable, conformado un campo de estudios propio⁴.

¹ Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

² Robertson (1992: 8), citado por Waters (2001: 2). El libro editado por Mooney y Evans (2007), puede resultar un instrumento útil para iniciarse a un tema que ya ha desarrollado una constelación semántica propia.

³ Immanuel Wallerstein —uno de los principales y pioneros teóricos de la globalización— hablaba aún en los ‘70 y los ‘80 en relación a ella de “sistema-mundo” y todavía en los ‘90 Ulrich Beck prefería utilizar la expresión general “sociedad de riesgo global”.

⁴ Para una visión de conjunto acerca de los diversos aspectos y debates en torno a la globalización, véase: Ritzer y Dean (2015). Para quien se inicia en el tema y ante la abrumadora bibliografía los siguientes libros resultan muy útiles: Steger (2003), Scholte (2005). Acerca de la discusión teórica en torno al alcance e implicancias del concepto de globalización véase: Axford (2013).

En efecto, hoy nadie duda en asociar la noción de globalización a un fenómeno histórico objetivo y no –como sucede con los otros términos mencionados– con una teoría particular acerca de la cual es posible y necesario discutir. Más aún, podríamos decir que los términos mencionados representan, junto con otros tales como por ejemplo el movimiento “ecologista”, el resurgimiento del “cosmopolitismo”, o el “muticulturalismo”, el auge de cultura de los “derechos humanos”, distintos intentos de entender y redefinir alternativas políticas en el marco de un mundo “globalizado”. Lo que se presenta como controversial son los distintos modos de entender la globalización como tal, pero no el hecho de que designa una serie de fenómenos que caracterizan el mundo actual y el escenario irreversible en que vivirán generaciones futuras. Esto no significa por cierto que, pese a las múltiples y valiosas contribuciones de la ya inabarcable bibliografía –basta con “googlear” la palabra “globalización”– contemos con categorías más o menos definitivas acerca de la misma. Se trata, por un lado, de un proceso en curso cuyos avatares y consecuencias no están del todo claros mientras que, por el otro, la necesidad de teorizar acerca de sus efectos se ha vuelto imperativa ya que, también aquí como en muchas otras circunstancias humanas la realidad parece ir más rápido que el pensamiento, y asimismo, el futuro depende de la capacidad de reflexión y de la toma de decisiones políticas antes de que sea demasiado tarde.

Pasemos brevemente revista a los rasgos más sobresalientes del fenómeno sin pretender establecer una definición estricta del mismo, dado que se trata de un proceso en curso, cuyos contornos no están del todo aún consolidados, y en algunos aspectos no resultan previsibles.

Ante todo, nos enfrentamos a (1) una fase del capitalismo tardío que trasciende como nunca antes las fronteras de los Estados territorialmente establecidos formando un sistema mundial de dependencia recíproca que se presenta como irreversible e ineludible. Apenas quedan rincones del planeta en los que no pueda encontrarse un cartel de Coca Cola o la disponibilidad de hacer uso de un teléfono celular. Pero, si bien la red de intercambio de bienes, formas de producción y, por lo tanto, hábitos de consumo se expande progresivamente abarcando la geografía terrestre, esto no significa que no lo haga a partir de acotados centros de poder multipolares que implican una asimetría de poder y desigualdad constitutivas.

Como ha sido ya hace tiempo entre los rasgos más destacados del fenómeno de la globalización se encuentran (2) la contracción del espacio y (3) la aceleración del tiempo. En efecto, las distancias se han acortado tanto en lo que se refiere a los posibilidades de trasladarse a lugares hasta hace poco tiempo considerados remotos mediante medios modernos de transporte y ante todo la aviación, como a la capacidad de comunicarse y obtener información “online” a través de dispositivos conectados satelitalmente –internet y redes de comunicación– con las regiones más diversas de la geografía terrestre. A esto debe agregarse –en conformidad con lo anterior– (4) un proceso de uniformación del mundo en lo que hace tanto a formas de organizar la vida cotidiana, los tipos de trabajo, la actividad deportiva –las disciplinas y el cuidado del cuerpo– la estandarización de las pautas de consumo, etc., etc. Esto se muestra claramente en la visita a un “shopping center” durante la cual, si no fuese por el idioma que se habla o la presencia de ciertos productos “típicos” no podríamos precisar el lugar del planeta en que nos encontramos. Resulta significativo que lo “típico” aparece en ese marco precisamente como lo idiosincrático que parece desviarse de la tendencia a la uniformación progresiva y por lo tanto a los estándares y exigencias del mercado mundial, salvo que se trate paradójicamente de un producto consagrado precisamente por su origen local, como el champagne o perfume francés, el chocolate suizo o la carne argentina. Pero incluso en esos casos la producción de este tipo de bienes ya no depende del gusto local, sino en la medida en que corresponde a criterios internacionalmente definidos y consagrados.

En todo caso, un viaje a un mundo “exótico” hoy, como lo fue en su época el de Marco Polo, resulta cada vez más improbable en el mundo terrestre y quizás aún sólo posible para antropólogos dedicados a la estudio de algunas de las cada vez más escasas regiones no contaminadas del Amazonas o de Borneo.

El otro aspecto no menos importante del proceso de la globalización que Ulrich Beck denomina “reflexivo” no tiene que ver directamente con la cultura material sino con una dimensión normativa. Se trata de la universalización a escala planetaria de nuevas formas de Ilustración, si entendemos a ésta como un pensamiento crítico y evolutivo acerca de las formas legítimas de administrar el poder político. Cabe mencionar aquí nuevamente como significativa la dominancia del paradigma de los derechos humanos, que ha quedado definitivamente anclado en instituciones internacionales que se han independizado

de su condicionamiento tanto nacional-geográfico como de su subordinación a su garantía en el marco de los Estados vigentes, lo mismo puede decirse de la creciente conciencia ecológica, de la emancipación femenina, de las luchas por los derechos de las minorías, etc.

Una de las consecuencias más visibles de estos procesos es la pérdida de la soberanía de los Estados Nacionales, si se entiende por tal un ámbito en que pueden ser dueños absolutos de sus acciones sin interferencias externas en el marco de un territorio acotado geográficamente, y esto tanto en su aspecto positivo como negativo. Esto no solo se refiere a la dependencia de la oferta y demanda de los mercados de bienes y capitales internacionales, sino a la necesidad de estar al día en el nivel del desarrollo tecnológico para la producción de mercancías y alimentos, transporte, comunicaciones y, lo que no es un factor menor, la tecnología militar. A partir de la presencia global de internet y de redes satelitales de comunicación, cada vez les resulta más difícil a los gobiernos ejercer el control de la información disponible para sus ciudadanos.

La libre disposición de recursos en el propio territorio se ve limitada por las posibles consecuencias ecológicas para otros países cercanos. Los efectos de esta interdependencia se hacen más evidentes aún con la tecnología nuclear tanto en su uso civil (Chernobil por ejemplo) como militar—dado que ante la perspectiva en una guerra de este tipo quienes se verían afectados no son solamente los países en conflicto sino, de acuerdo a su mayor o menor magnitud, el ecosistema terrestre como tal.

A esto se suma que el Estado-Nación, que en la filosofía política clásica de la Modernidad (con la notoria excepción de Kant y de Hegel) constituía la fuente de legitimidad y vigencia de los derechos individuales, ya es juzgado por estándares internacionales de gestión, en conformidad tanto con organismos internacionales públicos como por múltiples Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) constituidas y en continuo proceso de gestación. Al igual que el ranking de calidad de los más diversos productos comerciales, la calidad de vida que un Estado hace posible a sus miembros (niveles de riqueza o pobreza, educación, salud, derechos, etc.) es medida de acuerdo a pautas cuyos criterios escapan a su arbitrio, salvo en regiones que precisamente pretenden aislarse de lo que consideran un mundo “decadente” pero que para mantenerse no pueden prescindir, paradójicamente, al menos de la tecnología bélica y, para financiarla, de los mecanismos de los mercados oficiales y pa-

rales (léase por ejemplo Corea del Norte o más recientemente el llamado Estado Islámico). Con esto me refiero al hecho de que la defensa de formas idiosincráticas de organización del Estado y de las leyes vigentes —a pesar de que de facto existan en amplias zonas del planeta— que en décadas pasadas podrían considerarse una atribución de la soberanía o no se consideraban pasibles de crítica en función tanto de la idea de tolerancia como del rechazo a la imposición de normas “occidentales” a otras culturas, parecen chocar cada vez con cierto derecho al veto por parte de una opinión pública que trasciende las fronteras nacionales y cuyo poder a largo y mediano plazo no puede desdesharse. Esto no significa que este imparable proceso de unificación y, a la vez, de uniformación de la vida cotidiana a nivel planetario no corra paralelo con la marginalización y exclusión de amplios territorios, ya sea porque no poseen recursos naturales considerados significativos o porque la explotación de los mismos por empresas multinacionales o Estados en manos de cleptocracias autóctonas apenas tiene incidencia en la estructura social de la mayoría de su población.

La globalización es un proceso en curso que presenta múltiples aspectos, en parte contradictorios. Cambios en la estructura del poder económico y político que albergan potencialidades tanto positivas como peligrosas a nivel planetario, pero también transformaciones en la conciencia colectiva que convergen hacia un renacimiento de formas de pensamiento y criterios normativos de carácter universalista que Ulrich Beck caracterizaba como una “Segunda Modernidad”⁵, aunque quizás hablar de una “segunda Ilustración” sería más adecuado si se tiene en cuenta la continuidad y a la vez la diferencia que puede medirse entre el proyecto de la *Encyclopédie* de D’Alembert y Diderot y el impacto de internet en general y de la *Wikipedia* —entre tantos otros recursos— en particular en cuanto a las posibilidades cuantitativas y cualitativas de acceso a información de todo tipo.

Pero, ¿de qué manera pueden reconocerse estos cambios tanto en la teoría y práctica historiográficas como en la filosofía de la historia?

⁵ Ulrich Beck (2006, el texto original es de 1986) ha sido uno de los más importantes teóricos de la globalización desde el punto de vista de la teoría sociológica. Entre sus numerosas obras resulta particularmente relevante para nuestro tema el ensayo: *Modernización reflexiva*, trad. O. Sandoval López, disponible on-line: www.criteros.es/pdf/archplusbeckmoder.pdf.

Esta es la pregunta que ha servido de hilo conductor a este volumen y que los diferentes autores han abordado desde diversas perspectivas.

La historia como campo del saber no solo se ocupa de determinados períodos históricos, sino que no se vuelve comprensible si no se la inscribe en el contexto histórico en que son escritos sus textos.

En lo que se refiere a la filosofía de la historia lo que puede constatarse, si bien aún en forma incipiente, es una rehabilitación de algunas preguntas centrales de la llamada “filosofía especulativa de la historia”, expresión mediante la que sus detractores caracterizaban a las teorías acerca de los avatares de la humanidad y su conjunto y la presunta meta a la que se dirigirían los acontecimientos, tal como aparecen en textos clásicos de la Ilustración y de la filosofía acerca de la evolución histórica que surgió en el ámbito del Idealismo Alemán (Kant, Herder, Hegel) y que, bajo premisas diferentes continuaron en el marxismo y en el positivismo. A partir de la segunda mitad del siglo XX, una serie de corrientes de pensamiento tan heterogéneas como la teoría de la secularización, el racionalismo crítico, la filosofía analítica de la historia, el posmodernismo y el narrativismo radical de la escuela de Hayden White coincidían en mostrar que los intentos de teorizar la evolución histórica de la humanidad en su conjunto, ya sea bajo la forma de la dialéctica del progreso o de la idea de ciclos de auge y decadencia de “civilizaciones” (Spengler/Toynbee) carece de sentido, y la filosofía de la historia debería limitarse a examinar y establecer los principios epistemológicos de la historiografía. Este escepticismo frente a toda “especulación” acerca del futuro de la humanidad y las etapas de la evolución histórica estaba justificado por muy buenas y diversas razones, pero también se basaba en las trágicas experiencias que culminaron en la Segunda Guerra Mundial y continuaron, en parte, en la Posguerra, en las que distintas ideologías interpretaban el pasado como un camino de emancipación que conduciría tarde o temprano a un futuro promisorio por el que valdría la pena sacrificar la vida de las generaciones presentes y que tenía como protagonista principal al Mundo Occidental.

Esta caída de los “grandes metarrelatos” (Lyotard), que se ha acentuado en los últimos tiempos, tiene que ver del mismo modo con las desilusiones frente a los partidos políticos tradicionales y ha conducido a un sano relativismo y escepticismo generalizados. Pero una de las consecuencias de esta actitud— que tiene ella misma raíces históricas— ha sido la separación tajante entre el pa-

sado y el futuro, entre la historia concebida como un territorio que, se supone, puede explorarse asépticamente y la negación de su contenido experiencial que implica una forma de “enseñanza” o aprendizaje posibles.

En todo caso, si bien la crítica radical del siglo XX ha denunciado las raíces teológicas, filosóficas e ideológicas de la idea de una “historia universal”, lo cierto es que en función de los cambios mencionados más arriba, el término adquiere a partir de la globalización una nueva actualidad y significación en la que es desacoplado de su identificación con la historia del Occidente y del tiempo unilineal pensado de acuerdo a las escatologías de origen religioso o político-emancipatorias.

A lo que nos enfrentamos en la disciplina histórica es a una revisión crítica de los supuestos de la historiografía académica y al mismo tiempo a una reorganización de sus campos.

Por supuesto que no todos esos cambios pueden explicarse únicamente en función del proceso de globalización, pero lo que puede constatarse es un paulatino desplazamiento del eje privilegiado del Estado-Nación como hilo conductor de las narraciones históricas hacia una serie de textos que en el ámbito político tienden al análisis comparativo y a poner un mayor énfasis en el escenario internacional y no solamente en la esfera de las instituciones políticas.

Se trata de una serie de líneas convergentes que llevan a (A) un abandono progresivo en el siglo XX del Estado-Nación como eje de las narraciones históricas a favor de sujetos colectivos supranacionales y supraestatales. En esto el marxismo ha marcado de alguna manera el camino, al colocar como protagonista central de la dinámica histórica no a determinadas naciones sino al “capitalismo” —aunque histórica y geográficamente situado—y, en esta tradición, aún hoy la globalización es considerada no como algo radicalmente nuevo sino como una nueva “fase” del mismo. Esta perspectiva y su enorme influencia marca el alcance, pero también los límites de la teoría en la medida en que su reformulación requiere que un fenómeno como el de la globalización sea enfocado más allá de sus aspectos puramente económicos y conlleva una revisión de su aparato categorial ortodoxo, en el que incluso las nociones vinculadas al proceso productivo (conceptos tales como “lucha de clases” o “proletariado”) deben ser revisadas en función de un escenario mucho más complejo.

Es posible reconocer esta necesidad de elaboración y reformulación de constelaciones conceptuales más sofisticadas, entre otras, en la Escuela de *Annales* en la que el sujeto que organiza los relatos históricos pasa a ser –ya no algo así como “La India”, “*La France*”⁶, o “La Argentina”– sino a lo largo de su trayectoria temas tales como “las mentalidades”, “las civilizaciones” o simplemente para citar el célebre libro de Fernand Braudel “El Mediterráneo”, o el de Ariès, “La Muerte”, o más recientemente “Las Mujeres”, etc., que son explorados en sus transformaciones temporales. La rehabilitación de la noción de “civilización” que ya se presenta en Braudel⁷ resulta particularmente interesante en el marco de la búsqueda de sujetos “globales” luego de haber estado asociada a las controvertidas megaconstrucciones históricas de Spengler o Toynbee o a las polémicas en torno al “choque de civilizaciones” de Huntington⁸.

En segundo lugar y en conformidad con el aspecto señalado anteriormente, (B) vuelve a surgir –si bien de un modo radicalmente diferente al que tenía lugar en las llamadas “filosofías especulativas” de la historia– la pregunta acerca de la relación entre el pasado y el presente, así como la de éste con el futuro. En efecto, el paradigma de objetividad de la historiografía del siglo XIX tenía como corolarios tanto la necesidad de una “distancia histórica”⁹ y por lo tanto (a) de una separación entre el pasado, entendido como una zona ajena al mundo contemporáneo, como del mismo modo (b) el ideal del apartidismo político y, en consecuencia, de la vinculación con el presente y el futuro. Conforme con ello, por último (c): la separación tajante entre la descripción aséptica de los acontecimientos y la dimensión práctico-normativa mediante la que son juzgados y evaluados, considerada esta última como un punto de vista subjetivo o propio de las “ideologías” dominantes.

Por el contrario, el auge de la “historia del presente” en consonancia con el llamado “*memory boom*” (Jay Winters, 1995) han contribuido a borrar los límites entre un pasado que continúa de algún modo presente y un presente que sólo se hace inteligible en el claroscuro que proyecta la sombra del pasado.

⁶ Acerca de este desplazamiento véase el libro de Osterhammel (2001).

⁷ Para el uso de esta noción en la obra de Fernand Braudel y la bibliografía correspondiente puede consultarse el artículo de Goberna Falque (2003)

⁸ Véase acerca de esto la introducción de Douglas Northrop (2012: 1-12) a su edición de *A Companion to World History*, y el artículo de McKeown (2012: 79-93).

⁹ Sobre esta noción véase: Jaap den Hollander, Herman Paul y Rik Peters (2011) y el libro de Phillips (2013).

Revisar estas premisas no significa, por cierto, que el ideal de objetividad no pueda ser argumentativamente defendido o redefinido. Lo que se denuncia es un falso objetivismo que oculta una toma de posición no explicitada¹⁰.

A esto debe añadirse que la globalización es un proceso en curso que abarca parte del pasado y se proyecta a un futuro incierto y se constituye así en un objeto que exige tanto una aproximación teórica como política.

Ahora bien, ¿cuáles son las alteraciones que la historia experimenta en tiempos de cambio global? Aquí corresponde hablar de crisis y de transformación de paradigmas.

Esto puede percibirse en distintos ámbitos y tiene que ver con la mencionada revisión de supuestos y redefinición de su aparato conceptual.

Uno de esos supuestos es, sin duda, la postulación de un tiempo unilineal y único común a la “humanidad” entera y que en la práctica venía identificado con el “Mundo Occidental y Cristiano” como un continuo que, correctamente periodizado, debía servir de base para contextualizar los acontecimientos históricos en su conjunto. De lo que se trataba era no solamente de una concepción “eurocentrista” sino, al mismo tiempo, “cronocéntrica” de la evolución histórica cuyo sujeto podría ser la llamada “humanidad”, “la Nación”, o la Historia misma sustantivada.

Puede hablarse aquí de una concepción newtoniana de la historia en la medida en que al espacio y al tiempo correspondían una geografía y una cronología únicas que establecían el escenario de los acontecimientos. Esto puede percibirse en la organización curricular tradicional de los estudios históricos que clasifica a las asignaturas por áreas y por períodos (Historia Antigua, Medieval, Europea, Latinoamericana, Argentina, etc.) y en el marco de las cuales resulta difícil ubicar ahora tanto a los temas como a los métodos de, por ejemplo, la microhistoria, la historia de las mujeres, la historia conceptual, la historia ambiental—que por lo demás cuestiona precisamente otro de los supuestos de la historia tradicional: la separación radical entre las ciencias humanas y sociales por un lado, y las ciencias naturales por el otro—o a la misma “historia mundial”, “transnacional” o “global” que en sus diferentes concep-

¹⁰ Véase el artículo de Chris Lorenz y de Berber Bevernage, “Dividir el tiempo. Explorando las fronteras entre presente, pasado y futuro”, trad. Eugenia Gay, contenido en el libro: Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia. Vol. I, Exploraciones en filosofía de la historia*, que publicará próximamente la editorial Prometeo de Buenos Aires.

ciones rompen, por una parte, con las premisas de un tiempo y espacio histórico únicos, como marco conceptual, pero por la otra muestran un proceso de convergencia global que puede ser datado¹¹ y se presenta como irreversible.

Como consecuencia de acelerados y dramáticos cambios que están teniendo lugar en la fisionomía del planeta –y la llamada crisis ecológica no deja de ser precisamente un fenómeno “global”– del mismo modo que en el inventario conceptual mediante el cual pretendíamos dar cuenta de su sentido y destino, la historia como disciplina se encuentra en un proceso de crisis y redefinición de su campo. Paradójicamente a la vez en auge en cuanto a su producción narrativa y al gran interés que despiertan en un público cada vez más amplio sus renovadas e innovadoras (re)presentaciones de un pasado cercano y distante.

La lista de esos supuestos básicos que deben ser revisitados y examinados críticamente incluye, sin duda, la pregunta por los sujetos del discurso histórico, las formas narrativas específicas de la disciplina que la distinguen del relato literario, el establecimiento de modelos de objetividad que hagan posible la denuncia del mito y de la tergiversación, su papel tanto crítico como legitimatorio en las políticas identificadorias y en la formación de la conciencia de pertenencia a instituciones nacionales e internacionales, las fronteras de su campo de estudios frente a su cada vez más ineludible carácter interdisciplinario y no por último, tal como se señaló más arriba, la concepción del tiempo histórico que subyace al canon de la historiografía.

Algunos de estos supuestos han sido tratados desde diversas perspectivas en este libro que ha sido pensado desde el comienzo como una serie de contribuciones a un debate en curso del que, sin duda, nos seguiremos ocupando en los próximos años.

¹¹ La historia de la globalización constituye un nuevo campo temático, si bien en cuanto a su datación y periodización las opiniones están divididas: Roland Robertson (1990). La bibliografía es muy amplia y en proceso de producción. Consultar el libro de Stearns (2010) y su bibliografía puede ser un buen punto de partida.

Bibliografía

- AXFORD, BARRIE (2015), *Theories of Globalization*, Malden-Massachussets-EEUU/Cambridge-Reino Unido, Polity.
- BECK, ULRICH (2006), *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*, trad. J. Navarro, D. Jiménez y M. R. Borrás, Barcelona, Paidós.
- GOBERNA FALQUE, JUAN RAMÓN (2003), “Fernand Braudel y la larga duración”, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Tomo L, Fascículo 116, accesible on-line: <http://studiosgallegos.revistas.csic.es/index.php/estudiosgallegos>.
- HOLLANDER, JAAP DEN, HERMAN PAUL, y RIK PETERS (2011), “Introduction: The Metaphor of Historical Distance”, en *History and Theory*, Theme Issue 50.
- MCKEOWN, ADAM (2012), “What are the Units of World History”, en D. Northrop, ed., *A Companion to World History*, Oxford, Wiley-Blackwell.
- MOONEY, ANNABELLE y BETSY EVANS (2007), *Globalization: The Key Concepts*, Nueva York Routledge.
- NORTHROP, DOUGLAS (2012), “Introduction: The Challenge of World History”, en D. Northrop, ed., *A Companion to World History*, Oxford, Wiley-Blackwell.
- OSTERHAMMEL, JÜRGEN (2001), *Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaats: Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich*, Gottinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- PHILLIPS, MARK SALBER (2013), *On Historical Distance*, Yale, Yale University Press.
- RITZER, GEORG, y PAUL DEAN (2015), *Globalization: A Basic Text*, 2a. ed., Malden, Massachusetts Wiley-Blackwell.
- ROBERTSON, ROLAND (1990), “Mapping the Global Condition: Globalization as the Central”, en *Theory, Culture & Society*, n° 7.
- ROBERTSON, RONALD (1992), *Globalization*, Londres, Sage.
- SCHOLTE, JAN AART (2005), *Globalization: A Critical Introduction*, 2a. ed., Nueva York, Palgrave-Macmillan.
- STEARNS, PETER N. (2010), *Globalization in World History*, Londres y Nueva York, Routledge.
- STEGER, MANFRED B. (2003), *Globalization: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press.
- WATERS, MALCOLM (2001), *Globalization*, 2a. ed., Londres/Nueva York, Routledge.

Daniel Brauer

WINTERS, JAY (1995), *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.

Dialéctica de la globalización: de la teoría a la práctica

Douglas Kellner¹²

La globalización sigue siendo uno de los fenómenos debatidos y cuestionados con mayor vehemencia de las últimas dos décadas. Una amplia y diversa variedad de teóricos sociales ha sostenido que la cada vez más acelerada globalización, que está fortaleciendo el predominio de un sistema económico capitalista mundial, suplantando la primacía del estado-nación por empresas y organizaciones transnacionales y erosionando culturas y tradiciones locales mediante una cultura global, organiza el mundo de hoy. Los teóricos contemporáneos de una amplia diversidad de posiciones políticas y teóricas están poniéndose de acuerdo en la posición de que la globalización es una tendencia característica del momento presente, pero hay debates abiertos sobre sus orígenes, su naturaleza, sus efectos y su futuro¹³.

Para sus defensores, la globalización marca el triunfo del capitalismo y su economía de mercado (consultar apologistas tales como Fukuyama, 1993; Friedman, 1999 y 2005, que perciben este proceso como positivo), mientras que sus críticos describen la globalización como algo destructivo y negativo (consultar Mander y Goldsmith, 1996; Eisenstein, 2004; Robins y Webster, 1999). Algunos teóricos resaltan la emergencia de una nueva élite gobernante transnacional y la universalización del consumismo (Sklair, 2001), mientras que otros enfatizan las continuidades con la modernidad y quitan importancia a las diferencias y las novedades (consultar Rossi, 2007). Hardt y Negri

¹² George F. Kneller, *Chair in the Philosophy of Education*, University of California, Los Ángeles. (Traducción de Gabriel Merlino).

¹³ Este artículo se basa en mis estudios anteriores sobre la globalización, en especial en Cvetkovich y Kellner (1997); Kellner (1998); Best y Kellner (2001); y Kellner (2007).